

Madres, cuidadoras y superheroínas: representaciones de feminidad en una escuela secundaria¹

[GIULIANA ANTONELLA PIGNATARO]
Licenciada en Antropología Social y Cultural
Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas
Universidad Nacional de San Martín
giulianapignataroar@gmail.com

Resumen

El presente texto posee como objetivo analizar las representaciones de feminidad de un grupo de adolescentes escolarizadas de un barrio popular del conurbano bonaerense. Tomando como eje el concepto de identidad narrativa de Ricoeur (1996), se aborda material artístico-visual producido durante una actividad de artes de la cual surgieron historias en donde el cuidado y la maternidad ocupan un lugar central. De esta manera se plantea que dichas prácticas se constituyen como espacios de agencia donde las jóvenes encuentran reconocimiento social en la medida en que se distancian de la figura masculina de “padre ausente”. Es a través de la valoración positiva y el orgullo por el trabajo materno y de cuidados que las jóvenes desafían las miradas masculinistas y patriarcales en torno a la maternidad desarrollando lo que acuño como “empoderamiento no-normativo”.

Palabras clave: Representaciones – Género – Escuela – Adolescencia – Cuidados

Mothers, caregivers and superheroins: representations of feminity in a secondary school

Abstract

The objective of this text is to analyze the representations of femininity of a group of adolescents enrolled in a popular neighborhood in the Buenos Aires suburbs. Taking as its axis the concept of narrative identity of Ricoeur (1996), artistic-visual material produced during an arts activity is approached. From that material emerged stories

¹ Artículo recibido: 31 de marzo 2021. Aceptado: 06 de abril 2022.

where care and motherhood occupy a central place. In this way, it is proposed that those practices are constituted as spaces of agency where these young women find social recognition to the extent that they distance themselves from the male figure of “absent father”. It is through positive appreciation and pride for maternal and care work that these young women challenge masculinist and patriarchal views of motherhood by developing what I coined as “non-normative empowerment”.

Key Words: Representations - gender – school – adolescence – care.

Mães, cuidadores e super-heroínas: representações da feminidade em uma escola secundária

Resumo

O objetivo deste texto é analisar as representações da feminilidade de um grupo de adolescentes escolarizada em um bairro popular da periferia de Buenos Aires. Tomando como eixo o conceito de identidade narrativa de Ricoeur (1996), aborda-se o material artístico-visual produzido durante uma atividade artística de onde emergem histórias onde o cuidado e a maternidade ocupam um lugar central. Desse modo, argumenta-se que essas práticas se constituem como espaços de agência onde as jovens encontram reconhecimento social na medida em que se distanciam da figura masculina do “pai ausente”. É por meio da apreciação positiva e do orgulho pelo trabalho materno e de cuidado que as jovens desafiam as visões masculinistas e patriarcais da maternidade, desenvolvendo o que chamei de “empoderamento não normativo”.

Palavras chaves: Representações – Gênero – Escola – Adolescência – Cuidados.

Introducción

En el presente artículo se analizan sentidos, figuras y prácticas que intervienen en la construcción de las identidades femeninas de un grupo de adolescentes escolarizadas de un barrio popular del conurbano bonaerense. La escuela donde se llevó a cabo el trabajo de campo se encuentra ubicada en un distrito del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). El barrio donde se encuentra emplazada la escuela se caracteriza por una situación de pobreza urbana, densidad poblacional y degradación ambiental. La escuela es la única escuela pública del barrio y allí asisten tanto estudiantes vecines² del propio barrio como de barrios lindantes que poseen características similares. El objetivo del texto consiste en comprender los modos complejos en que los clivajes de género, edad y clase se cristalizan en las configuraciones identitarias de las adolescentes, prestando particular atención al rol que las tareas de cuidado y maternaje ocupan en dichas configuraciones. El trabajo que aquí se presenta es producto de una investigación de grado cuyo trabajo de campo consistió en la asistencia semanal a una escuela secundaria durante un año y medio desde mediados de 2016 a fines de 2017. Allí se realizaron entrevistas informales y semiestructuradas a alumnas y docentes de la escuela así como también observaciones en clases de diversas asignaturas, especialmente en las áreas de literatura y arte, haciendo uso del modelo metodológico “práctica como investigación” (Hickey-Moody, 2015). Dicho modelo consiste en un enlazado de prácticas contemporáneas e investigación académica donde la materialidad cobra un papel relevante. Cuando las prácticas artísticas son utilizadas en el contexto de una investigación la acción reflexiva emerge por un impulso creativo que puede utilizarse para visualizar las problemáticas de manera crítica. Dicha metodología fue enriquecida con los aportes de la metodología etnográfica, la cual permitió poner en relación los datos recogidos en las actividades artísticas con aquellos recolectados durante las entrevistas y las observaciones de campo fuera del aula y/o fuera de los espacios curriculares.

Por lo tanto, aquí presento una de las actividades realizadas en el aula en donde, junto al equipo docente, se propuso a les estudiantes trabajar en la creación de personajes (más específicamente superhéroes y/o superheroínas) e historias del barrio. De dicha actividad surgen historias y personajes que cristalizan nociones de feminidad en donde la maternidad, el maternaje³ y las tareas de cuidado ocupan un lugar central. Las preguntas que aquí procuro responder son: ¿Qué representaciones de feminidad se hacen presentes entre las jóvenes? ¿Qué rol ocupan las tareas de cuidado y maternaje en las configuraciones identitarias de las adolescentes? ¿De qué maneras estas nociones se despliegan en el espacio escolar?

Del análisis surge que las tareas de cuidado y el trabajo materno no sólo se hacen recurrentes en las historias y experiencias de las jóvenes, sino que se constituyen como elementos claves en sus configuraciones de feminidad. Estas prácticas, lejos de manifestarse netamente como espacios opresivos –tal como se han representado históricamente por los feminismos, sobre todo, de la segunda ola-, se cristalizan

² A lo largo del texto se hará uso del lenguaje inclusivo / no sexista, exceptuando aquellas citas que hagan referencia a lenguaje utilizado por las personas del campo estudiado.

³ Entendemos por *maternaje* las prácticas llevadas a cabo por cualquier persona que responda a las demandas de les niñas y dedique una parte considerable de su vida a tal labor. Para mayor desarrollo sobre este tema ver Ruddick, 1995.

también como espacios de agencia en donde las chicas encuentran reconocimiento social y satisfacción personal. En la primera parte del texto, se presentan las discusiones teórico conceptuales en relación a los cuidados y el trabajo materno para luego, en una segunda parte, analizar las figuras y los sentidos que se hicieron presentes en las producciones fruto de la actividad escolar anteriormente mencionada.

Interseccionalidad, cuidado y feminismos

Son numerosas las intelectuales, teóricas y activistas feministas que han hecho hincapié en la inexistencia de un “ser mujer” unívoco e igual para todas las identidades femeninas. A fines de los años 40, De Beauvoir (2018) explicaba la subordinación de las mujeres en la cultura occidental sosteniendo que “la mujer” no es una creación de la naturaleza sino un producto elaborado por la civilización. Las tareas de cuidado, socialmente relacionadas con la feminidad y la maternidad, han sido históricamente romantizadas e idealizadas (como funciones biológicas o deseos existenciales) y también desvalorizadas desde una lógica androcéntrica en donde sólo aquellas tareas consideradas del orden de lo “público” poseían relevancia social. Para muchas de las intelectuales feministas que teorizaron al respecto, la institución de la maternidad producía una disociación entre quien se deseaba y quien se estaba obligada a ser (Friedan, 1963; Rich, 1976; Firestone, 1970). Sin embargo, hasta entonces se hablaba de “las mujeres” como un colectivo homogéneo que experimentaba la desigualdad de género de la misma manera. En la década de 1970 la antropología feminista emerge como una subdisciplina de la antropología y plantea la existencia de particularismos en las experiencias de las mujeres. Si bien hasta el momento se había desarrollado la “antropología de la mujer”, la cual criticaba y revisaba el androcentrismo de los estudios antropológicos, sus preguntas y conceptualizaciones partían de ciertos universales que resultaban un tanto problemáticos. La antropología feminista, en este sentido, niega que exista una categoría sociológica “mujer” universal y única y, por lo tanto, establece que los puntos de vista universales carecen de significado analítico (Moore, 1991). De esta manera reconoce la existencia de diferencias sustanciales en las experiencias de género de las mujeres, al mismo tiempo en que se propone encontrar los medios para teorizar las intersecciones que se establecen entre las distintas situaciones de desigualdad. El feminismo negro ha sido precursor al respecto ya que fueron las feministas racializadas quienes primariamente señalaron que las experiencias de género de las mujeres negras eran fuertemente transformadas por la raza (bell hooks, 1982). Esto, señalaban, no implica que la raza funcione como un “aditivo” a la experiencia de género -o que haya una primacía entre una desigualdad o la otra- sino que, por el contrario, diversos factores se conjugan derivando en experiencias sociales complejas. Es sólo a través de la interseccionalidad (Crenshaw, 1989) de los múltiples factores que componen las configuraciones identitarias que podemos comprender las experiencias de género de sujetos concretos en contextos históricos determinados.

En cuanto a la teorización en torno a las desigualdades sexogenéricas en las tareas de reproducción y de cuidado, aquí tomo las reflexiones de Tronto (1987) en relación a su crítica sobre el concepto de Gilligan ([1982], 2013) de “ética del cuidado”. Gilligan propone una teoría psicológica basada en el género a través de la cual sostiene que

existen dos nociones del *yo* vinculadas a dos perspectivas de la moralidad⁴ que varían de acuerdo al género: los varones desarrollarían el *yo* como separado de *les otros* y, por lo tanto, de manera objetiva, manifestando una moralidad de justicia, mientras que las mujeres desplegarían el *yo* como conectado a *les otros*, expresando una moralidad del cuidado. Para Tronto, Gilligan simplemente señala a la ética del cuidado como una característica intrínsecamente femenina, pero no explica por qué los hombres y las mujeres desarrollan nociones distintas del *yo*. Estas no son producto de las “diferencias naturales” entre los géneros sino creaciones de la sociedad moderna en donde “lo femenino” se encuentra en una posición subordinada. Es, entonces, la experiencia cotidiana de cuidado la que provee a las mujeres las oportunidades para desarrollar este sentido moral. Al mismo tiempo, Gilligan (1982) circunscribe su conceptualización a los cuidados del ámbito privado, estableciendo una conexión entre cuidado y la necesidad de establecer relaciones personales con aquellas personas a las que se encuentra dirigida la práctica de cuidado. Así, Gilligan supone que existiría una “obligación” especial con la familia y los vínculos cercanos realizando lo que podemos llamar un uso restringido del concepto de cuidado. Tronto (1987), por otra parte, sostiene que relacionar el cuidado con el ámbito privado implica reproducir las lógicas binarias en donde los varones estarían relacionados al ámbito público y lo socialmente significativo, y las mujeres a lo privado e insignificante. Esta autora sostiene que, por el contrario, es necesario hacer un uso integral o ampliado del concepto de cuidado, desplazándolo de su localización periférica y ubicándolo en el centro de la vida social.

Pero entonces, ¿qué es el cuidado? ¿Qué prácticas y sentidos convergen en la noción de cuidado? Existen diversas miradas al respecto. En el debate -citado anteriormente- entre Tronto y Gilligan en la década de los 80, la discusión giraba en torno a “la moralidad de las mujeres en la esfera doméstica”. Desde el presente trabajo tomo la noción de cuidado desarrollada posteriormente por Tronto (1993) definida como toda acción que pueda ser calificada como sustantiva para mejorar nuestro entorno y que excede las relaciones interpersonales. De esta manera, tal conceptualización hace referencia a todas aquellas “actividades de la especie que incluyen todo lo que hacemos para mantener, continuar y reparar el mundo en el que vivimos, haciéndolo lo mejor posible” (1993: 103). Dos décadas después, Tronto (2013) planteará la necesidad de pensar -y poner en práctica- la vida política como una distribución de responsabilidades de cuidado con la finalidad de crear sociedades más justas e igualitarias, lo cual, en definitiva, implicaría llevar al plano de la práctica política de los Estados el trabajo –no valorado- de cuidados que las mujeres han llevado a cabo durante gran parte de la historia.

En este sentido, para comprender las experiencias del devenir mujer de las adolescentes del campo estudiado resulta de vital importancia tener en cuenta los modos en que los diversos clivajes de género, clase y edad se ensamblan en las historias de las jóvenes, así como también los sentidos que adquieren las prácticas de cuidado que allí aparecen.

⁴ Las perspectivas de moralidad son desarrolladas previamente por Kohlberg (1984), en donde señala que los individuos desarrollan sus capacidades morales en la medida que profundizan sus capacidades cognitivas para entender la naturaleza de las relaciones morales. Kohlberg afirma que el proceso de desarrollo moral avanza a través de etapas determinadas, organizadas jerárquicamente y que se corresponden con niveles distintos del razonamiento moral. Según el autor, las mujeres se encuentran en una etapa más baja del desarrollo moral que los hombres.

Las mujeres como madres y cuidadoras superpoderosas

Tal como mencioné anteriormente, los datos aquí presentados son producto de un trabajo de campo realizado entre los años 2016 y 2017 en una escuela secundaria de un barrio popular del conurbano bonaerense, donde se realizaron observaciones participantes en clases de distintas áreas curriculares, así como también se puso en práctica el modelo “práctica como investigación” desarrollado por Hickey-Moody (2015). Allí la indagación investigativa cobra un carácter práctico a través de la materialidad y se la visualiza como una práctica creativa donde se reconoce agencia en el mundo material (2015:170). De esta manera se trabajó en las clases de literatura y arte con estudiantes de 13 y 14 años. Junto a les docentes, les propusimos trabajar de manera grupal en la creación de personajes (más específicamente superhéroes y/o superheroínas) e historias del barrio. Para abordar el análisis de dichas producciones, parto del concepto de “identidad narrativa” de Ricoeur ([1996]1998) el cual condensa un tipo de estructura de la experiencia capaz de integrar el relato histórico y el relato ficcional, tanto personal como colectivamente. Así, la narración se convierte en una herramienta clave para explorar la identidad. Por lo tanto, la actividad artística y literaria propuesta a los estudiantes constituye una práctica material de investigación en donde es a través de la narración ficticia que se vuelca una interpretación del sí.

De dicha actividad surgieron tres historias y tres personajes diferentes que presentan varios elementos que cristalizan experiencias de género. Una de esas historias es la de *Camila/Zojiso* (personaje creado por uno de los tres grupos, integrado por cuatro alumnas): una superheroína de pelo violeta y bigotes que posee una doble personalidad. De día es Camila, una chica “común” de 18 años, madre de cinco hijos⁵, que trabaja limpiando casas y cuidando abuelos⁶. En su rutina diaria lleva a sus hijos a la escuela, cocina y limpia su casa, y en las madrugadas sigue una carrera de modelo. De noche, Camila se transforma en Zojiso, una superheroína que tiene muchos poderes y que resuelve diferentes problemas: hace que llueva plata, vuela a otros países “para ver”, pelea contra *las ruchis*⁷, tiene el poder de la mirada, ve el futuro y salva vidas. Además, vive en una casa rosada en el aire, en donde convive con su novio (caracterizado por las autoras como “vago”), y su amante. Esta superheroína no posee otra familia que sus hijos ya que su mamá y sus hermanos murieron y a su papá nunca lo conoció. En la historieta creada por este grupo la protagonista se encuentra caminando por el barrio y escucha el pedido de auxilio de una mujer. Ante esto se convierte en Zojiso y se acerca al lugar de donde provenían los gritos. Allí, una chica estaba siendo golpeada por su novio. Zojiso interviene, la salva y lleva al novio maltratador a la comisaría en donde queda detenido.

⁵ Aquí llama la atención la edad de Camila y la cantidad de hijos que posee. Si bien ninguna de las chicas que crearon esta historia era madre al momento de la actividad, son frecuentes en la escuela los embarazos en la adolescencia, aunque no al nivel en que se presenta en esta historia. De hecho, no hay ningún caso en la escuela en donde una estudiante tenga más de uno hijo. Sin embargo, es muy común que las madres y abuelas de las adolescentes sean muy jóvenes, lo cual indica que fueron madres en la adolescencia. Al mismo tiempo, resulta interesante relacionar este dato con los prejuicios que suelen recaer en las maternidades en clases populares relacionados con la cantidad de hijos: se cree que las mujeres pobres tienen más hijos que las mujeres de clases medias o altas (<https://www.lanacion.com.ar/sociedad/los-sectores-mas-pobres-tienen-el-doble-de-hijos-nid1001789/>).

⁶ Si bien hasta aquí utilizo lenguaje inclusivo no binario, en las descripciones de los personajes mantendré el lenguaje plural en masculino, tal como lo manifestaron los estudiantes.

⁷ Expresión utilizada para hacer referencia a las chicas que envidian a otras y que representan una amenaza, ya que intentan “robar” los novios de otras mujeres.

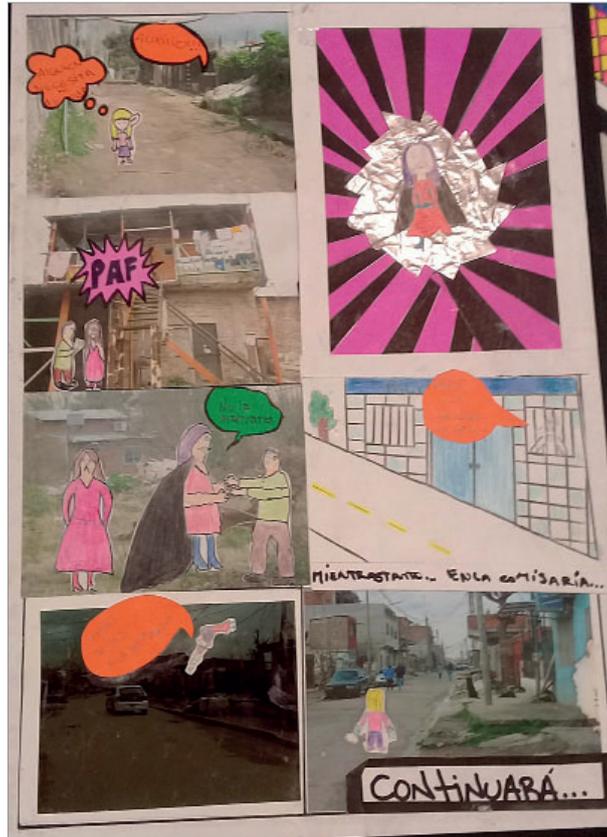


Imagen 1 – La historia de Camila/Zojiso
Fotografía de la autora.

Como se puede observar, tanto en la descripción de la protagonista como en su historia, se hace un fuerte hincapié en las tareas de cuidado. Camila no sólo cuida de sus cinco hijos, sino que también cuida abuelos como uno de sus trabajos, y de la comunidad del barrio, más específicamente, en este caso, a otras mujeres de varones maltratadores y también de otras mujeres ya que pelea contra “las envidiosas”. Camila es la única superheroína mujer entre los personajes creades en todo el curso durante la actividad, y esta referencia a las tareas clásicas de limpieza y de cuidado curiosamente sólo se repite en las historias creadas por grupos de mujeres. Los varones no hicieron ninguna mención a este tipo de tareas en su historia, así como tampoco incluyeron personajes que no fueran varones (en la historia de Camila hay una amplia variedad de personajes de identidades de género y etarias distintas). Esta diferencia tiene que ver con modos distintos de pensar el *yo* entre varones y mujeres que, a su vez, se relacionan con experiencias de género desiguales.

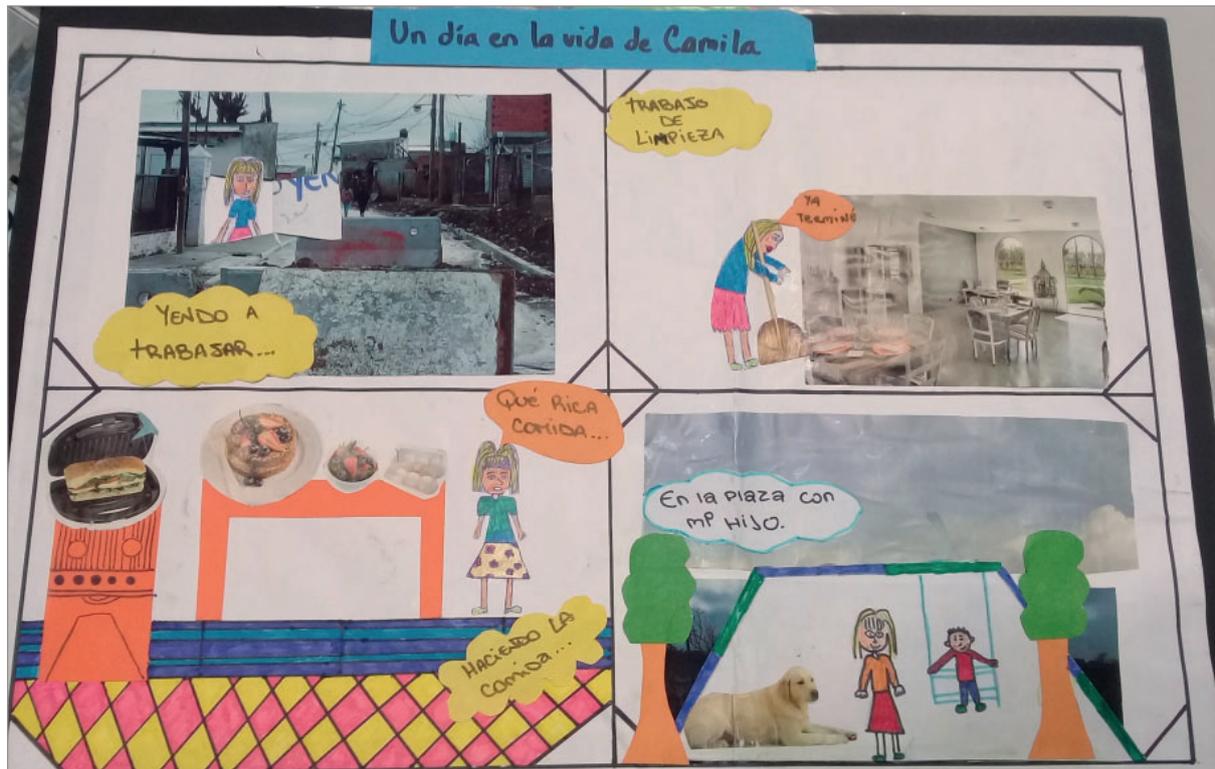


Imagen 2 – Un día en la vida de Camila
Fotografía de la autora

En este sentido, y volviendo a la figura del personaje creado por las chicas, resulta interesante pensar en todo el trabajo de cuidado que realiza Camila/Zojiso en su historia. Es importante señalar que todas las jóvenes con las que interactué durante mi trabajo de campo manifestaron realizar trabajos de cuidado en el interior del hogar en su rutina diaria - especialmente tareas de cuidado infantil- y desde muy corta edad: ya siendo pequeñas cuidan de sus hermanos menores o de sus sobrines, así como también contraen trabajos remunerados en hogares de vecinos cuidando de sus hijos. En más de una ocasión me llamó la atención escuchar comentarios de preocupación por parte de alguna de las chicas al contar que alguien estaba enfermo o en el hospital. Al preguntar si se trataba de alguien de su entorno familiar, me respondían que se trataba del nene o la nena de la vecina en cuyo hogar trabajaban como niñeras. De manera similar, varias estudiantes que asisten a la escuela son madres y/o se encuentran transitando un embarazo. Este elemento no es menor ya que el embarazo en la adolescencia en las clases populares suele ir cargado de una serie de prejuicios estigmatizantes que no recaen del mismo modo en otras clases sociales. Las jóvenes son acusadas de “no desear” sus embarazos, embarazarse por “irresponsabilidad”, “descuido” o “ignorancia” (Pignataro, 2021), así como también un sector de la academia califica las experiencias de maternidad en las clases populares como fruto de la “carencia” (Marcús, 2006; García Hernández, 2014; Vélez & Figueredo, 2015). Tales posturas sostienen que, en un contexto de precariedad material, la maternidad se presenta como la única vía de realización personal. El embarazo y la maternidad brindarían recompensas y gratificaciones que las jóvenes no encontrarían en otros ámbitos de sus vidas. Es en

este marco que las representaciones de las jóvenes en relación al trabajo materno y de cuidados resultan disruptivas: la maternidad, el maternaje y el cuidado forman parte de su configuración identitaria y, al mismo tiempo, constituyen prácticas puestas en valor.

Al mismo tiempo, al interior de los hogares son las mujeres las que realizan las tareas de limpieza y cuidados, aún si además trabajan fuera del hogar. En el siguiente extracto de una entrevista con Vanesa⁸, una estudiante de la escuela, mamá de una nena de 1 año, se cristalizan los roles habitualmente considerados femeninos en el hogar:

Con mi mamá nos repartimos las tareas. Mi mamá lava, yo cocino o mi mamá cocina y yo lavo. Estamos siempre así las dos, nos turnamos (...). Mi mamá y yo, sí. Las únicas que hacemos las cosas de la casa, pero porque mi hermano varón no hace nada, es vago. Y bueno ella también [haciendo referencia a su hermana más chiquita de 9 años] la re cuida [a la hija de Vanesa que tiene un año de edad].

Vanesa me cuenta cómo se distribuye el trabajo doméstico: las mujeres de la casa, ella y su mamá, son quienes se encargan de la cocina y la limpieza. Su hermano menor “no hace nada”, haciendo referencia a que no se involucra en dichas tareas, mientras que su hermana menor de 9 años colabora con el cuidado de la hija de un año de Vanesa⁹. Como se puede observar en la cita, se repite la figura del varón “vago”, que inicialmente había sido mencionada en la historia de Camila/Zojiso, en contraposición con los roles activos de las mujeres en las tareas del hogar. Sin embargo, esta diferencia de tareas no necesariamente hace que las jóvenes sientan una insatisfacción con tales roles. Por el contrario, las tareas que realizan las mujeres de la familia son valoradas por ellas mismas¹⁰, quienes las contraponen con la “vagancia” de los varones. Al preguntarle a Vanesa por sus actividades preferidas para hacer en su tiempo libre, ella me respondía:

Me gusta ayudarla a mi mamá en la casa (...). Sí, me gusta ayudar en la casa, hacer la limpieza (...). Sino bueno... terminamos de hacer las cosas y nos quedamos sentadas, en el patio de mi casa con mi mamá tomando mate.

Aquí Vanesa menciona cierto agrado al realizar tareas domésticas: los quehaceres del hogar se presentan como una actividad que disfruta hacer y como un espacio que le permite conectarse con su mamá. Luego de la limpieza se habilita un espacio de distensión en donde toma mates y charla con su madre. No obstante, las mujeres no se encuentran relegadas al ámbito doméstico. En la historia de la superheroína

⁸ Todos los nombres de las personas mencionadas han sido modificados con la finalidad de preservar la identidad de quienes colaboraron con esta investigación.

⁹ De hecho, durante nuestra entrevista, mientras nosotras charlabamos, su hermanita de 9 años cuidaba de su beba.

¹⁰ Esta valoración, a su vez, es evidenciada en la exposición de un saber-hacer en torno a los cuidados. En más de una ocasión, fui receptora directa, por parte de algunas de las chicas, de toda una serie de indicaciones sobre cómo sostener a un bebé o cómo practicarle RCP (reanimación cardiopulmonar) en caso de un accidente de ahogamiento.

mencionada anteriormente también aparece el trabajo fuera del hogar: realiza tareas de limpieza y cuidado fuera del espacio doméstico, “cuida abuelos y limpia casas”, así como también cuida de los vecinos del barrio. Resulta interesante ver cómo el cuidado aparece en todos los ámbitos de la vida de Camila, tanto dentro como fuera del hogar. Sin embargo estas actividades se complementan con otra bastante diferente que realiza durante la noche: sigue una carrera de modelo. Si bien por cuestiones de extensión no me focalizaré en este elemento y tampoco lo desarrollaré en el presente texto, considero que es importante hacer una mención a las visiones que las jóvenes poseen del propio cuerpo y las proyecciones que sobre él realizan. No es casual que las chicas mencionen la figura de la modelo, la cual representa una visión hegemónica de los cuerpos de las mujeres (altas y delgadas). De hecho, si analizamos la representación de Camila en los dibujos, observamos un cuerpo delgado que se condice con los parámetros de la modelo flaca. Al mismo tiempo, en más de una ocasión presencié conversaciones en donde la palabra “gorda” se utilizaba como un insulto degradante hacia otras mujeres. Por ejemplo, en cierta ocasión estábamos en horario de clase trabajando en otro proyecto curricular, cuando las estudiantes comienzan a hablar sobre una docente que según ellas “es mala onda”. La conversación giraba en torno a ciertas actitudes que esa docente tenía para con ellas, que eran de tinte autoritario. En cierto momento, una de las chicas dijo “es insoportable la gorda esa”. El resto de las estudiantes festejaron el comentario entre risas.

Pero más allá de la carrera puntual mencionada en dicha historia, podemos hacer una reflexión sobre la doble presencia –dentro y fuera del hogar- en las jornadas de trabajo. Si bien todas las figuras femeninas al interior de los hogares de las jóvenes se ocupan de las tareas de cuidado, muchas de ellas trabajan activamente fuera del espacio doméstico. Por otra parte, si bien identificamos las tareas de cuidado de las jóvenes como espacios de disfrute, éstas se complementan con las aspiraciones a trabajos fuera del hogar y/o carreras terciarias o universitarias. Muchas chicas a la par de sus estudios secundarios, trabajan dentro del hogar cuidando hermanites o sobrines, a la vez que trabajan fuera del hogar los fines de semana. Ese es el caso de Gabriela que cuida de sus dos hermanos más pequeños y los fines de semana trabaja en una feria del barrio en un puesto de ropa. Otras, si bien no trabajan fuera del hogar, tienen intenciones de hacerlo, una vez terminados sus estudios secundarios. Así lo manifestaban Sabrina y Solana, durante una entrevista:

Sabrina: Ya estoy viendo qué carrera tomar, todo. Así que me quiero independizar sola, quiero tener mi casa, mis cosas. No quiero que mis papás me paguen todo. En esa parte de ayudarme a pagar algunas cosas de la universidad, claro, porque no creo que esté trabajando bien, porque no seré tan grande. A los 18 ya terminé el colegio y ya... así que no quiero que mi papá me ayude toda la vida. Quiero ya trabajar y tener mis cosas...

Tanto Sabrina como Solana realizan tareas de cuidado dentro del hogar. Sabrina vive con sus xadres, su hermana más chiquita y su hermano mayor. Ella y su madre son quienes cuidan de su hermana pequeña. En el caso de Solana, vive con su hermana mayor, su cuñado y sus tres sobrines. Así como Sabrina, Solana cuida de sus sobrines en el día a día.

Solana: Es algo como que me gustó mucho [ser instructora de baile en la escuela]. Así como lo siento con policía, ¿viste que a mí me re gustaría ser policía? Es como que están ahí a la par. También pensaba en trabajos como secretaria de oficina, pero no porque me guste, sino porque me deje algo de plata. Pero esto de bailar me re gustó.

De esta manera, vemos cómo las representaciones de feminidad basadas en la maternidad y el cuidado se encuentran relacionadas con las prácticas de maternaje y de cuidado del hogar que las jóvenes llevan a cabo en su día a día. Las chicas realizan tareas de cuidado porque éstas ya fueron realizadas antes por otras mujeres (Chodorow, 1978). Sin embargo, si bien éstas configuran las feminidades de las jóvenes, esto no necesariamente implica un relegamiento al ámbito doméstico. Así se detecta una doble presencia que configura una identidad femenina la cual no se construye sólo sobre los cuidados o el hogar-familia, sino también sobre el estudio y/o el empleo (Carrasquer Oto, 2012). A su vez, se puede observar una dualidad¹¹ en los trabajos de cuidado: si bien estos responden a imperativos sociales que señalan a las mujeres como “cuidadoras naturales”, también se construyen como espacios de goce y satisfacción personal. Desde el presente trabajo, me contrapongo a miradas que piensan el trabajo afectivo, doméstico y de cuidados sólo como espacios opresivos (Federici, 2013; Friedan, 1963; Faur, 2014, Scarafoni, 2016; Rodríguez Enríquez, 2007) y propongo analizarlos como espacios que también producen identidades y que pueden configurarse como lugares en donde las mujeres se reúnen y disfrutan de un espacio propio. En este sentido, las jóvenes del campo que aquí me compete desafían las desvalorizaciones androcéntricas del trabajo de cuidados y maternaje, tradicionalmente realizado por las mujeres y califican dichas prácticas como espacios de goce, satisfacción personal y agencia (Kunin, 2019)¹². Al mismo tiempo desafían aquellas miradas clasistas que recaen sobre las maternidades en la adolescencia en las clases populares que las califican como fenómenos siempre catastróficos relacionados con la falta de oportunidades, la ignorancia y la pobreza. Aquí las estudiantes ponen en valor las tareas de cuidado y las representan como elementos positivos y necesarios en el sostenimiento de la comunidad.

Representaciones relacionales: las mujeres como madres solas y los varones como padres ausentes

Connel (1995) sostiene que las relaciones de género son inherentemente relacionales. Es decir, la masculinidad sólo existe en contraste con la feminidad y viceversa. En este sentido, podemos pensar las definiciones de feminidad presentadas en el apartado anterior como contrapuestas a las concepciones de masculinidad. La historia de Camila/Zojiso, creada por las chicas durante la actividad escolar mencionada anteriormente,

¹¹ Hilary Graham (1983) trabaja la noción de dualidad del trabajo de cuidado. Establece que los cuidados se definen a través de dos dimensiones: los cuidados son trabajo y emociones a la vez. Sin embargo, la autora circunscribe el trabajo de cuidado al hogar-familia y a la maternidad. Esta noción será posteriormente discutida por otros autores: ver Parker, 1981; y Ungerson, 1983.

¹² Kunin (2019) analiza la agencia en relación a las prácticas y relaciones de cuidado de un grupo de mujeres de un distrito sojero de la provincia de Buenos Aires. Allí sostiene que son las mujeres quienes hacen públicas sus críticas y proponen repertorios morales alternativos para la vida de la comunidad, refutando la idea de que las tareas de cuidado sólo quitan y restringen posibilidades.

cristaliza figuras de varones que se caracterizan por su pasividad en el trabajo doméstico y de cuidados, y por su agresividad hacia sus parejas mujeres. El novio de Camila es “vago” y su figura paterna aparece ausente: “a su papá nunca lo conoció”. A su vez, en la historia aparece un varón agresor que violenta de manera física a una chica del barrio. Así, la figura de la protagonista se define en la medida en que se diferencia de los varones que no se hacen cargo de sus hijos y que no participan en el trabajo de cuidados, así como de aquellos que ejercen violencia: “[Camila] no les pega fuerte [a sus hijos], un bife tranquilo”, mencionan en la descripción del personaje.

Con respecto a esto, Castilla (2017) realiza un análisis sobre los límites entre lo aceptable y lo sancionable de los castigos físicos. Ahondando en las violencias entrecruzadas que se hacen presente en los barrios populares del AMBA, la autora indaga en el conjunto de castigos físicos que son considerados “moderados” por las madres del barrio como parte de las acciones de cuidado de una “buena maternidad”. Según Castilla, los castigos físicos, golpes, gritos, insultos hacia los hijos, realizados de un modo considerado “moderado”, son aceptados como parte de las acciones de cuidado que realizan las madres con sus hijos. En este sentido, me parece importante considerar tanto la importancia y posibilidad de que el castigo sea señalado como práctica de cuidado, así como la centralidad de su moderación. De esta forma, y tal como señala Castilla, la fuerza física realizada por las madres es normalizada en las rutinas cotidianas de cuidado, en la medida en que se diferencian de las violencias realizadas por los padres con sus hijos. Así, el hecho de que Camila/Zojiso discipline a sus hijos “moderadamente” la convierte en un modelo de “buena madre” que se preocupa por su cuidado y bienestar.

Volviendo a las figuras paterno-masculinas, Keijzer (2003) propone una tipología de paternidades con la finalidad de dar cuenta de la multiplicidad de experiencias en México y América Latina. Ésta estaría compuesta por cuatro tipos de paternidades: a) el padre ausente, es decir, aquellos hogares donde hay una jefatura femenina; b) el padre o patriarca tradicional, en donde éste es proveedor económico y ejerce de manera completa la autoridad en la familia, aunque sin participación en el cuidado de los hijos y las tareas domésticas; c) el padre neomachista, el cual “permite” que la mujer salga a trabajar aunque prefiere que no gane más que él; y d) el padre igualitario, que tiene un acercamiento efectivo y emocional con sus hijos. Aquí resulta importante señalar una diferencia en relación al campo estudiado: Keijzer piensa las figuras paternas en intrínseca relación con la conformación de los hogares en padre-madre-hijos. Sin embargo, muchos de los hogares de las jóvenes del campo estudiado no se encuentran conformados de esta manera. Algunas conviven con sus hermanas, tías o abuelas que ocupan el lugar de las mujeres adultas a cargo que realizan tareas de cuidado y maternaje. Por otra parte, estos hogares, muchas veces, están constituidos por varones que ejercen el rol de proveedores pero que no son padres biológicos¹³.

A partir del trabajo de campo realizado, sostengo que en las experiencias de las jóvenes aparece la figura del padre “ausente” de Keijzer, en muchos casos, combinada con la de otro varón que si bien no es padre biológico, ocupa el lugar del patriarca tradicional

¹³ Burguiere (1988) sostiene que ningún sistema de parentesco es resultado de la reproducción biológica y que, por lo tanto, la relación biológica no es en absoluto necesaria para la creación de un vínculo de parentesco y de afecto, y para la creación de una familia

proveedor dentro del hogar. Este es el caso de Solana, mencionado anteriormente, que convive con una de sus hermanas mayores, su cuñado y sus sobrinas. Su hermana es ama de casa y trabaja dentro del hogar, cuida de sus hijes y de Solana. Su cuñado trabaja en una fábrica como vigilante privado. La mamá de Solana falleció cuando ella era muy pequeña y casi no la recuerda. Como veremos en el siguiente extracto de una entrevista, el progenitor de Solana les pegaba a ella y a sus hermanas. La violencia se combinaba con el “abandono” ya que solía dejarlas solas, sin ningún cuidado adulto. A raíz de esto, Solana pasó por varios hogares de distintos familiares hasta que, finalmente, se asentó en casa de su hermana mayor.

Tengo dos hermanas mujeres más. Ellas dos siempre estuvieron conmigo, en todo, por la casa de mis tíos, la casa de mi papá, la casa de mi otro tío. Siempre estuvimos juntas nosotras. Soy mucho más apegada a ellas dos que a Claudia [su hermana]. Y es como que todo eso, digamos... vivimos con mis tíos... la que mandaba mucho era mi tía, mi tío mucho no se encargaba de eso. Cuando ocurrió que nos mudamos con mi papá, mi papá les pegaba. Mi papá le pegaba a mi mamá también. Yo no lo vi porque yo cuando tenía tres ella falleció, no me acuerdo nada de ella, pero mis hermanos sí lo veían. Aparte no estaba nunca, siempre llegaba borracho a mi casa, o a veces ni iba, nos dejaba solas porque se iba a la casa de mi madrastra, nos dejaba solas a nosotras siendo chicas y es como que tengo rencor, ¿viste? Y soy una de esas personas que... como que no necesito de nadie, ¿entendés? No sé cómo explicarte.

En una primera instancia luego de la muerte de su mamá, Solana fue a vivir con unos tíos. Como señala, incluso en ese hogar la figura fuerte era femenina: “la que mandaba mucho era mi tía”. Con esto Solana se refiere a que su tía era la que ocupaba un lugar maternal de cuidados y de poner límites, su tío no se metía en eso. Por otra parte, relaciona la figura de su padre ausente y por consiguiente del “mal padre”, con el hecho de “no necesitar a nadie”. Esto último, como señalaré a continuación, se traduce en una idea de superación e independencia: las mujeres, según Solana, no necesitan a los progenitores en la experiencia de maternidad y maternaje:

Por ahí que las mujeres llegan a decir, no sé, que quedás embarazada y como que lo re necesitás al papá del nene. Yo digo ino!, o sea, ¿por qué lo vas a necesitar? Si vos sola podés. No me gusta cuando dicen así ‘Ay, no, porque yo lo re necesito’, no. No me gusta a mí. Estás mal.

En este sentido, la figura del varón como padre “ausente” y la mujer como cuidadora se retroalimentan. Aquí aparece la idea de que las mujeres “solas” lo pueden todo, no necesitan la figura paterna para criar y cuidar de sus hijes. La maternidad y el maternaje se constituyen como prácticas de empoderamiento y fuentes de prestigio y reconocimiento social. Existen diversos usos y conceptualizaciones en torno al “empoderamiento”. Cornwall (2018) sostiene que a lo largo de los últimos 30 años el neoliberalismo ha desarrollado una conceptualización que la autora denomina

empoderamiento light, la cual consiste en una versión destituida de cualquier confrontación con las relaciones estructurales de poder. El *empoderamiento light* es fomentado por organismos internacionales, corporaciones y ONGs, y se diferencia del *empoderamiento no light* o *radical* (Pozzio, 2010) el cual implica una transformación de las estructuras de subordinación. Entre ambas posturas, encontré -y me alinee con- los trabajos de quienes priorizan las perspectivas de los sujetos y los usos y sentidos prácticos que le otorgan a dicho concepto en su vida cotidiana. Para León (2001) los procesos de empoderamiento no son lineales sino diferentes para cada individuo o grupo. Grinberg (2011) señala los procesos de *empoderamiento* de la población como característicos de aquello que la autora denomina *sociedades de gerenciamiento*. Éstas se caracterizan por la transformación de las crisis neoliberales en dinámicas de cambios constantes, en donde la capacidad de adaptación y gestión recae sobre los individuos, es decir, en la capacidad de *empoderamiento* de la comunidad. Allí la autora analiza estos procesos en el campo de la educación y analiza las particularidades que presentan los dispositivos pedagógicos en estos tiempos del “hágalo usted mismo”. En este sentido, Grinberg sitúa estas prácticas *empoderantes* como características de un dispositivo basado en la desinstitucionalización y la *gestión del sí*. El presente trabajo coincide con dicha mirada ya que considera que la responsabilidad en cuanto a mejoras en las vidas cotidianas de los individuos no deberían solo recaer en las propias comunidades.

Especialmente en relación con el tema del presente trabajo, se puede afirmar que las jóvenes no se *empoderan*, como se esperaría, buscando su autonomía en tanto individuos sino de forma relacional, subrayando la capacidad de acción y prestigio social que adquieren al cuidar de otros en tanto madres. Así sostengo que existe en este caso, no un empoderamiento *light* o *radical*, sino lo que acuño como *empoderamiento no-normativo*. Si bien las jóvenes con las que interactué durante mi trabajo de campo no hacen uso del término *empoderamiento* en su vida cotidiana, considero que es a través de la valoración positiva y el orgullo por el propio trabajo materno y de cuidados que las jóvenes del campo estudiado desafían las miradas masculinistas y patriarcales en torno a la maternidad y sobre todo en torno a las madres adolescentes y “solas” de clases populares, desarrollando lo que llamo *empoderamiento no-normativo*. Éste no sólo transgrede los mandatos patriarcales de género que sostienen el *deber ser* y la desvalorización de la maternidad, sino también aquellas miradas hegemónicas dentro del feminismo que sólo conciben el trabajo materno y de cuidados como un elemento restrictivo que impide el desarrollo de las mujeres.

Al respecto, Marcús (2006) realiza un estudio sobre los sentidos de la maternidad en sectores populares del nordeste y noreste del país, y señala que allí la maternidad es vista como una fuente de poder ya que dota de sentido a las vidas de las mujeres y las reivindica frente a la comunidad. Hirsch y Amador Ospina (2010), en su trabajo sobre maternidad en mujeres jóvenes guaraníes del norte argentino, señalan también que la maternidad juega un papel central y define el lugar que las mujeres ocupan dentro de la estructura familiar y en su comunidad. Así, la maternidad constituye un cambio de estatus que otorga una posición de mayor respeto. La mujer madre que sostiene que necesita del varón padre, tal como sostiene Solana, “está mal”, no está viendo las cosas con claridad. De hecho, en los últimos años ha aparecido una figura comúnmente conocida como *mamá luchona* que algunos varones utilizan para ridiculizar la figura de la madre “sola” (sobre todo de madres adolescentes de clases populares). La *mamá luchona* es una mujer de bajos

recursos y soltera, que es atacada por su clase social y su género, y es calificada de “mala madre”. Según un usuario de Internet *“Una mamá luchona es una villera sin marido, que deja a sus críos con sus madres y con la asignación de sus hijos se va a comprar un shortcito 2 talles más chico”*. Aquí vemos cómo se les hace pagar un precio determinado -la humillación- a las mujeres que deciden maternar sin varones y en contextos de bajos recursos. Las figuras paternas muchas veces se encuentran ausentes o se hacen presentes de maneras esporádicas relegando la mayor cantidad de responsabilidad a las mujeres en cuanto a la crianza y el cuidado de sus hijos. Sin embargo los varones no son mencionados -al menos no de forma despectiva, sino señalando su ausencia para desprestigiar a las madres solteras-, ni se crean figuras ridiculizadoras para humillarlos. En pocas palabras, elegir maternar a pesar de las desventajas estructurales sociales y económicas y hacerlo sin varones implica romper con una serie de normas por las cuales se debe pagar un precio disciplinador. Tales experiencias de maternidad rompen con aquella norma que sostiene que sólo ciertos sectores sociales poseen el poder de decidir cuándo maternar y, al mismo tiempo, se desafía aquel mandato en torno al ejercicio de la maternidad con una pareja varón. Resulta interesante pensar en el poder que condensa la figura de la maternidad sin varones, el cual es lo suficientemente importante como para merecer un ataque desde ciertas miradas patriarcales. A su vez, es importante resaltar que la mirada de las chicas sobre la maternidad como fuente de prestigio se establece en la medida en que se diferencia de aquellas paternidades que Keijzer (2001) llama “ausentes”¹⁴ y “tradicionales”. Así, aquello que las jóvenes sienten como abandono paterno es calificado de manera negativa, mientras que la maternidad “sola” o el maternaje, es decir hacerse cargo del cuidado de una niña, es calificado de manera positiva.

Reflexiones finales

Hasta aquí he analizado las representaciones de feminidad de un grupo de adolescentes escolarizadas de un barrio popular. Tanto en sus historias y personajes ficticios como en sus experiencias cotidianas, los cuidados y el maternaje aparecen de manera continua. Es importante resaltar que todas las representaciones de género son complejas y no se reducen a una u otra figura. Sin embargo las tareas de cuidado y maternaje no sólo son recurrentes sino que ocupan un lugar clave en la configuración de las feminidades de las jóvenes. Tales tareas son calificadas de manera positiva, otorgan prestigio y reconocimiento social al mismo tiempo que se consolidan como prácticas de goce, satisfacción personal y agencia. Estos roles femeninos se contraponen y diferencian de las paternidades “ausentes”, figuras negativas que producen maternidades “solas”, las cuales maximizan el reconocimiento social y lo que llamo “empoderamiento no-normativo”. Este no sólo implica un desafío a las miradas patriarcales y masculinistas que desvalorizan las tareas históricamente realizadas por las mujeres, sino que además rompe con aquellas perspectivas que desde los feminismos traducen dichas tareas en espacios siempre negativos y netamente opresivos, donde aquellas feminidades que manifiestan disfrutar de dichas prácticas son vistas como subjetividades “alienadas” que “no han comprendido” el rol que ejercen dichas tareas en nuestras opresiones

¹⁴ Con esto no quiero sostener que no existan las paternidades consideradas presentes y responsables, pero la imagen del padre que “se borra” es muy recurrente e incide en la manera en que las jóvenes piensan sus roles de cuidado.

cotidianas.

De esta manera, discuto aquellas miradas que analizan desde la pasividad y la carencia el ser madre y sobre todo la maternidad en la adolescencia en las clases populares. En contraposición, propongo pensar estas configuraciones como modos otros de concebir y vivir la feminidad que no necesariamente están determinados por la carencia. Por el contrario, poseen sentidos que poco tienen que ver con la idea tradicional que sostiene a la maternidad como mera acarreadora de la reproducción del sistema patriarcal o a la maternidad en la adolescencia en clases populares como simple reproductora de la pobreza. Las tareas de cuidado y maternaje habilitan espacios propios, generan identidades y motorizan la agencia social de las mujeres. Teniendo en cuenta que dichas tareas han sido históricamente desvalorizadas, resulta sumamente interesante que las jóvenes valoricen sus propias prácticas de cuidado y las de otras mujeres. Cuidar de otras las eleva socialmente y les otorga prestigio. En este sentido, es importante dejar de pensar que quienes deciden maternar y/o cuidar del hogar y de otras lo realizan sólo por “mandato”. Las decisiones relacionadas con el deseo de cuidar y maternar también están relacionadas con el deseo de valorizar el propio rol y las tareas que las chicas y las mujeres de sus familias han realizado por generaciones. Incluso el ser una madre “sola” es signo de un gran prestigio y poder: son percibidas como personas que no necesitan de la figura paterna para la crianza. En este sentido, estas prácticas se constituyen como configuradoras de las feminidades en la medida en que se contraponen al “abandono” paterno. Las mujeres, de esta manera, se traducen en figuras femeninas superpoderosas como madres y cuidadoras.

Bibliografía

- Beauvoir, S. (2018). *El segundo sexo*. Lumen: Buenos Aires.
- bell hooks (2004). Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista. En: *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Traficantes de Sueños: Madrid.
- Burguiere, A. (1988). De la familia una visión etnológica del parentesco y la familia. En: *Historia de la familia. Vol. 1 (Mundos lejanos, mundos antiguos)*. Editorial Alianza. pp. 17-82.
- Carrasquer Oto, P. (2013). El redescubrimiento del trabajo de cuidados: algunas reflexiones desde la sociología. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31, 1, pp. 91-113.
- Castilla, V. (2017). Maternidad, cuidados y castigos en barrios marginales y vulnerables de Buenos Aires. *Revista Runa*, 38, 2, pp. 35-51.
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering: psychoanalysis and the sociology of gender*. University of California Press.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), pp.139-167.
- Connel, R. (1995). La organización social de la masculinidad. En: Valdes, T. y Olavarría, J. (comp.). *Masculinidades, poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, 24, pp. 31-48.
- Cornwall, A. (2018). Além do “Empoderamento Light”: empoderamento feminino, desenvolvimento neoliberal e justiça global. *Dossie Desenvolvimento, poder, genero e feminismo. Cadernos Pagu*, 52.

- Faur, E. (2014). Introducción. En: *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Siglo XXI Editores: Buenos Aires, pp. 13-24.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Editorial Traficantes de Sueños: Madrid.
- Firestone, S. (1975). *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista*. Editorial Kairós. Barcelona.
- Friedan, B. (1965). *La mística de la feminidad*. Colección Psico-Social. Sagitario: Barcelona.
- García Hernández, G. (2014). Embarazo adolescente y pobreza. Una relación compleja. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 77, 35, pp. 13-53.
- Gilligan, C. (2013) [1982]. *La ética del cuidado*. Cuadernos de la Fundación Victor Grífols i Lucas: Barcelona.
- Graham, H. (1983). Caring: a labour of love. En: Finch J. y Groves, D. *A labour of love: women, work and caring*, Routledge-Kegan: Londres.
- Grinberg, S. (2011). Gubernamentalidad y educación en tiempos de gerenciamiento. Reflexiones en torno de la experiencia de los dispositivos pedagógicos en contextos de extrema pobreza urbana. Presentado en: *VIII Encuentro de Cátedras de Pedagogía de Universidades Nacionales Argentinas*.
- Hickey-Moody A. (2015). "Making, Matter and Pedagogy", "Manifiesto. The Rhizomatics of Practice as research" en *Arts, Pedagogy and Cultural Resistance*. Rowman & Littlefield International.
- Hirsch, S. & Amador Ospina, M. (2010). La maternidad en mujeres jóvenes guaraníes del norte argentino. Encrucijadas de la familia, la salud pública y la etnicidad. En: Felitti, K. (coord.). *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*. Ciccus: Buenos Aires, pp. 155-177.
- Keijzer, B. (2003). Los hombres ante la salud sexual-reproductiva: una relación contradictoria. En: Bronfman, M. & Denman, C. *Salud reproductiva. Tema y debates*. México DF.
- Kunin, J. (2019). *El poder del cuidado: Mujeres y agencia en La Pampa sojera argentina*. Tesis de Doctorado presentada a la Carrera de Antropología Social, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín
- Kolhberg, L. (1984). The Current Formulation of the Theory. *Essays of Moral Development*, 2, pp.212-319.
- León, M. (2001). El empoderamiento de las mujeres: Encuentro del primer y tercer mundo en los estudios de género. Presentado en: *Conferencia Primer Encuentro: Género y democracia en las universidades e instituciones de educación superior de América Latina y el Caribe*.
- Marcús, J. (2006). Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad. *Revista Argentina de Sociología*, 4, 7, pp. 100-119.
- Moore, H. (1991). *Antropología y Feminismo*. Ediciones Cátedra: Madrid.
- Parker, R. (1981). Tending and social Policy. En: E. M. Goldberg y S. Hatch (Eds.). *A new look at the Social Services*. Policy Studies Institute: London. pp. 17-34.

- Pozzio, R. (2010). Empoderamiento: del punto de vista de los estudios de género al punto de vista del actor. *Revista Questión*, 1, 26.
- Rich, A. (2019) [1976]. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Traficantes de sueños: Madrid.
- Ricoeur, P. (1998) [1996]. Quinto estudio. La identidad personal y la identidad narrativa. En: *Sí mismo como otro*. Editorial Siglo XXI: Madrid.
- Rodríguez Enríquez, C. (2007). Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional. *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente*, pp. 229-240.
- Ruddick, S. (1995). *Maternal Thinking: Towards a Politics of Peace*. Beacon Press: Boston.
- Pignataro, G. (2021). Alumnas-madres. Experiencias de maternidad y escolaridad en la escuela secundaria. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia*, 26, 1, pp. 56-77.
- Scarafoni, M. (2016). División sexual del trabajo doméstico y el uso del tiempo en las tareas de cuidado. *Derecho y Ciencias Sociales*, 14, pp. 127-136.
- Tronto, J. (1987). Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 12.
- Tronto, J. (1993). Care. En: *Moral Boundaries. A political argument for an Ethic of care*. Psychology Press.
- Tronto, J. (2013). *Caring democracy. Markets, equality and justice*. New York University Press.
- Vélez E. & Figueredo L. (2015). Transmisión generacional de la pobreza y vulnerabilidad en las adolescentes embarazadas. *Revista Educación en Valores*, 2, 24.



Giuliana Pignataro es licenciada en Antropología Social y Cultural por la Universidad Nacional de San Martín y becaria doctoral CONICET (LICH-UNSAM). Se desempeña como docente adjunta de la materia Epistemología de las Ciencias Sociales en la Tecnicatura en Gestión Universitaria en la EH, UNSAM y como docente en el Ciclo de Preparación Universitaria en la Escuela IDAES. Además, co-coordina el Círculo de Estudios sobre Maternidad(es) y Maternaje(s) situados en la misma institución.